



Ontología Estética y Fe Religiosa: El Ser Fiel a sí mismo, una lectura de *La Enfermedad Mortal*.

Simón Royo Hernández

En su obra *La enfermedad mortal*, que nos va a servir para el proceso edificante de pensar nosotros mismos algunas pequeñas cosas, Sören Kierkegaard tiene ciertas ambigüedades que es necesario señalar de antemano y que dificultan la comprensión de los problemas que nos plantea. Una de ellas radica en su interés por querer ir más allá del paganismo rechazando la especulación por abstracta pero oponiéndoles por un lado la fe, la creencia, la locura de la pérdida de la razón (pág.69¹) en la que lo imposible es posible y, a la vez, señalando el *deber* de hacerse una *idea* de Cristo (pág.188-189), realizando al tiempo una magna obra de filosofía edificante (pág.27). Para superar el paganismo, Grecia, como la máxima expresión de la sabiduría², habría que llegar a la conclusión de que pensar nos aleja de la fe tanto como el mundo (pág.63-65) aleja al joven existencialista de la preocupación por su alma (pág.94³) en un proceso de pérdida de sí mismo que se denomina madurez, ese proceso que lo requiere para la sociedad en lugar de para *sí mismo* y contra el que el filósofo existencialista nos anima a continuar socráticamente (Platón Gorgias 484c-485a)⁴ como adolescentes eternos. De este modo, todos los ámbitos que desde Hegel

¹ Todas las referencias de página entre paréntesis son de: Sören Kierkegaard *La enfermedad mortal*. Traducción de Demetrio G. Rivero. Editorial Sarpe. Madrid 1984.

² Santo Tomás de Aquino y la Sabiduría (Filosofía) considerada como camino para llegar al reino de la inmortalidad: “El estudio de la sabiduría es el más perfecto, sublime, provechoso y alegre de todos los estudios humanos. Es el más perfecto, pues el hombre, en la medida en que se da al estudio de la sabiduría posee ya, de alguna forma, la verdadera felicidad. Por eso dice el Sabio: ‘Dichoso el hombre que medita la sabiduría’. Es el más sublime, ya que, por él, el hombre se asemeja principalmente a Dios, que ‘todo lo hizo sabiamente’, y como la semejanza es causa del amor, el estudio de la sabiduría une especialmente a Dios por amistad, y así se dice de ella que ‘es para los hombres tesoro inagotable, y los que de él se aprovechan se hacen partícipes de la amistad divina’. Es el más útil, porque *la sabiduría es camino para llegar al reino de la inmortalidad*: ‘El deseo de la sabiduría conduce a reinar por siempre’. Y es el más alegre, pues ‘no es amarga su conversación, ni dolorosa su convivencia, sino alegría y gozo” (Santo Tomás de Aquino *Suma contra Gentiles*, libro I, cap. 2, cursiva nuestra).

³ “Como queda dicho, esta desesperación es la más común de todas; tan común, que sólo así se explica también esa creencia bastante general entre las gentes de negocios y vida activa, según la cual la desesperación debe ser algo pertinente de suyo a la juventud, algo que exclusivamente le acontece a uno en los años jóvenes, pero que no hay por qué andar buscándolo en los hombres de pelo en pecho, que ya hace tiempo alcanzaron la suficiente madurez de alma y cuerpo. Sin embargo, todo este modo de opinar no es más que un error de la misma desesperación o, mejor dicho, una equivocación desesperada que no tiene ojos para ver que la mayoría de los hombres, considerados en su esencialidad, no han avanzado en realidad a lo largo de toda su vida ni siquiera un paso más allá de lo que ya fueron durante la infancia o en la juventud, a saber: una pura inmediatez, cubierta de una pequeña dosis de reflexión” (Sören Kierkegaard *La enfermedad mortal*. Traducción de Demetrio G. Rivero. Editorial Sarpe. Madrid 1984, pág.94).

⁴ En la Grecia clásica, donde los jóvenes selectos filosofaban en la juventud, también estuvo mal visto el continuar con la reflexión posteriormente a la adolescencia, como le indica Calicles a Sócrates: “Ciertamente, Sócrates, la filosofía tiene su encanto si se toma moderadamente en la juventud; pero si se insiste en ella más de lo conveniente es la perdición de los hombres. Por bien dotada que esté una persona, si sigue filosofando después de la juventud, necesariamente se hace inexperta en todo lo que es preciso que conozca el que tiene el propósito de ser un

se consideran como los referentes para la transformación de la realidad por el pensamiento, eminentemente la política y la economía, a través de las instituciones, son descartados por un repliegue hacia la interioridad que opone al mundo la singularidad de la existencia individual.

Bajo tales planteamientos parecería entonces que no hay que pensar sino sólo creer pero por otra parte el que no piensa resulta ser el hombre trivial, animal, perdido en el mundo. Kierkegaard en *La enfermedad mortal* identifica el paganismo con un humanismo de la medida y de la especulación (págs. 126, 135 y 140) que olvidaría lo infinito, un humanismo sofístico, protagórico, pero en tales casos, como evidencia su propio tratamiento de Sócrates (pág.133), está combatiendo al paganismo fácil y no sabe como hacer frente al paganismo más elevado. En la misma obra llega a decir que frente a la cotidiana invocación del nombre de Dios en vano de los cristianos modernos habría que fijarse en la reverencia con la que el pagano pronunciaba las invocaciones de lo divino (pág.170).

Otra de las ambigüedades, ¡qué pensador no las tiene!, que nos plantea la lectura de Kierkegaard es el tratamiento de los estadios (estético, ético y religioso, pág.141) algunas veces como simultáneos y otras como sucesivos y progresivos. En el primer caso habrían de tener el mismo valor, bajo el segundo supuesto el religioso sería el estadio superior que superaría a los dos anteriores, quedando el estético como grado medio y el ético como intermedio. En esta dirección el tratamiento del estadio estético tiene una deuda kantiana, quedando reducido al modo gnoseológico de la sensibilidad, a considerar al espacio y el tiempo como condiciones trascendentales de la sensibilidad. Desde este prisma se cerraría la posibilidad de acceder al instante de la eternidad a través del arte, se negaría la conexión entre arte, verdad y ser, modo como el Romanticismo alemán y el pensamiento del arte de la Estética ontológica de Heidegger, prefigurado por las reflexiones kantianas acerca de lo sublime, habrían recuperado un valor para la sensibilidad del mismo rango que para cualesquiera de los demás trascendentales. Lo bello, lo bueno y lo verdadero o bien no se escinden y pertenecen a una unidad indisoluble que sólo a los efectos analíticos del estudio filosófico se han separado para su estudio, teniendo el mismo rango y valor cada una de las partes del todo, o bien se escinden en regiones de gradación diversa y jerarquizada. Si para un Kierkegaard, que sigue la expulsión de los poetas de Platón, “toda existencia poética es cristianamente considerada un pecado” (pág.117), sitúa no obstante a la imaginación y la fantasía en un nivel superior al de la razón o especulación abstracta (pág.60 y 118), de la que carecería el burgués (pág.72) e inferior al de la creencia, la esperanza y la fe.

Por el contrario, para el Heidegger de *El origen de la obra de arte* “la belleza es uno de los modos de presentarse la verdad”, un acontecimiento, la irrupción del ser en el sublime instante del arte. Bajo este prisma de pluralismo ontológico, en línea heideggeriana, habría, al menos *verdad* poética, científica, política, religiosa, amorosa, corporal y filosófica⁵. Todos esos modos de manifestación de la verdad alcanzarían en el mismo grado lo eterno en los instantes de su plenitud.

hombre esclarecido y bien considerado (*Gorgias* 484c-d)... Está muy bien ocuparse de la filosofía en la medida en que sirve para la educación, y no es desdoro filosofar mientras se es joven; pero, si cuando uno es ya hombre de edad aún filosofa, el hecho resulta ridículo, Sócrates (*Ibid.*485a)”. El joven griego cultivaba la filosofía para luego pasar a la política y valerse como gestor de la ciudad, el milagro griego está constituido de un amor al saber y al desarrollo de todas las capacidades humanas para lograr ser mejor, que se confunde a menudo con un medio de medrar en la sociedad y especializarse en la división del trabajo. El sofista que piensa que el mejor es el que consigue el éxito social no entiende a los personajes como Sócrates, estudiantes eternos de filosofía, que le resultan ridículos al no emplear el aprendizaje en la adquisición de riquezas, gloria y poder.

⁵ Cfr. <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=48392>

En Kierkegaard la correspondencia entre teoría y praxis, entre poder entender y querer entender (pág.142), la encarnación existencial y vivencial de los postulados teóricos que se esgrimen, el ser ejemplo viviente de lo que se predica, constituirá la esencia de lo ético (pág. 136-138), una exigencia sin la cual el teórico especulativo se torna un hipócrita. Ante esto, podríamos por una parte recordar que cuando a Max Scheler se le preguntó por los motivos de que no encarnase su propia teoría ética contestó al entrevistador: “¿usted ha visto alguna vez a una señal de tráfico que camine por el sendero hacia el cual señala?” Pero por otra parte, podemos constatar que la mayoría de los pensadores han sido y son tan íntegros, que sus vidas están implicadas en sus palabras y sus palabras en sus vidas. Así, el cínico sostiene una filosofía cínica, el pragmático una pragmática, el religioso una religiosa, lo que Heidegger denomina precomprensión y Gadamer, directamente prejuicio, implica que se está de antemano instalado en una ideología a cuya justificación se denomina objetividad o conocimiento científico, de no ser así se instalaría uno en la verdad a través de la razón y en lugar de un mosaico de pensadores indicando cada uno una forma de vida tendríamos a la unanimidad de la razón como prueba de habernos encaminado por el sendero seguro de la ciencia.

Cuando Kierkegaard indica que la verdad es la interioridad esto pudiera entenderse, secularizado, en el sentido de que las particularidades tuvieran que erigirse en absolutas y atenderse, por tanto, seriamente al relativismo, pero como la subjetividad a la que nos remite es la conformada por el yo-sí mismo-alma, se busca en lo interior el elemento de eternidad que la filosofía especulativa ha buscado en lo exterior y no las idiosincrasias de cultura e inclinaciones de cada cual. El problema es que lo divino interior se confunde a menudo con esas particularidades.

El actor que quiere ser fiel a sí mismo y siguiendo su vocación, pugna por no abandonar sus clases de arte dramático aunque trabaje de camarero para costearse esos estudios, al final, si permanece durante demasiados años en tal estado y no consigue trabajar y vivir como actor en el mundo, cuando le pregunten quien es, acabará resignándose a su suerte y dirá ser camarero en lugar de actor; de igual modo a como el hombre puede acabar resignándose y declarando que es humano y no divino, que sólo hay en él finitud y tiempo y no en absoluto eternidad. Por eso vinculamos la exigencia kierkegaardiana a la veracidad entendida como coherencia entre teoría y praxis, la autenticidad heideggeriana, con las presiones de lo mundano para mundanizarnos y la apuesta estético-religiosa existencial de la juventud ratificada o subvertida por la situación de madurez. ¿Es ético el que al cabo de muchos años de estudio, pese a no obtener el éxito mundano en dicha área de investigación o de arte, sigue fiel a ese sí mismo, contra toda evidencia y considerándolo inmutable, lo sigue como lo más divino que hay en él? ¿O será el ético, por el contrario, el que reconozca que todas las evidencias apuntan a que ha fracasado en una vinculación con lo divino de la que la sanción social hubiese constituido la prueba definitiva? El protestantismo calvinista que analizó Max Weber ya ligaba la gracia con la riqueza y el éxito social, entendidos como signos ineludibles de ser salvo. Pero las culturas católicas y paganas resisten mayormente a ese pragmatismo y saben mayormente desatender ese vínculo entre el veredicto mundano y el juicio final de la historia. Bertrand Russell en su obra *La conquista de la felicidad* recomendará a quienes no consiguen vivir (sobrevivir habríamos de decir nosotros) de lo que más consideran que les constituye, que abandonen lo que llama “infelicidad byroniana” y se dediquen a otra cosa. El eudemonismo está muy alejado de la obstinación y la desesperación por el arte o por el alma, por la filosofía o por la ciencia, siendo la coherencia ética que nos plantea Kierkegaard a los efectos de la religión bastante composable con la coherencia trágica que nos presentara Nietzsche. Ésta vendría constatada por ese fiel a sí mismo que el artista debe llevar consigo si quiere ser tal. Oscar Wilde lo expresaba ejemplarmente

en su *El alma del hombre bajo el socialismo* (1890) “El verdadero artista es el hombre que cree absolutamente en sí mismo, porque es absolutamente él mismo”.

Oscar Wilde enunciaba estéticamente el mismo planteamiento que Kierkegaard enuncia religiosamente, pues dice el artista inglés en su obra mencionada: “cuando una comunidad o una importante parte de una comunidad, o un gobierno de cualquier tipo, trata de dictar al artista lo que debe hacer, el Arte, o desaparece totalmente, o se estereotipa, o se degenera en una forma baja e innoble de artesanía. Una obra de arte es el resultado único de un temperamento único. Su belleza es la consecuencia de que el autor sea lo que es. No tiene nada que ver con lo que otra gente pueda querer. En realidad, en el momento en que el artista se da cuenta de lo que quiere la otra gente, y trata de satisfacer la demanda, deja de ser un artista y se convierte en un artesano, aburrido o divertido, un comerciante honesto o deshonesto. No tiene derecho a exigir que se lo considere un artista. El arte es la forma más intensa de Individualismo que el mundo ha conocido”. Con Wilde estamos en el ámbito de una fe en el valor del individuo existente y concreto, no en el de las realidades constatables empíricamente, ni en el de las quimeras manejables conceptualmente. ¿Pero nosotros, los filósofos, los que trabajamos de profesores, vigilantes, camareros, funcionarios o asesinos? ¿Somos realmente filósofos y debemos sernos fieles en semejante pretensión o no estamos siendo sinceros con nosotros mismos?

Imaginémonos a un hombre que tuviese una concepción de la existencia como las antecedentes, bien en el área de la estética, bien en el de la religión o en el de la ciencia. Éste hombre -pongámosle en definitiva como científico- imaginémoslo sin patrimonio propio y sin reconocimiento social, después de escuchar todas las argumentaciones antecedentes, bien pudiera decirnos: “Yo bien quisiera ser fiel a mí mismo y ser un científico en acto bajo cualquier circunstancia externa, sin considerar ninguna para no traicionarme a mí mismo, pero tengo un pequeño problema: mi mujer quiere ser artista y, mi hijo, cristiano. El sí mismo que pretendo choca con los sí mismos para los cuales mis más allegados alegan tener tanto derecho como yo. Estoy lejos de ser tan machista de pensar que son los hombres los que deben inmolarse y mantener a la mujer y los hijos, pero supuesto que todos los adultos hayan de laborar para procurarse la mera subsistencia ¿Cuál de los sí mismos habrá de prevalecer? ¿No sería un egoísta si no me ocupase de que los otros pudiesen tener también un sí mismo?”. Le contestaremos que ha tenido mala suerte, que Kierkegaard era rentista y no tuvo hijos ni mujer, como tampoco Oscar Wilde, pero que aún tiene salvación. En su terrible escrito *El estado griego* sugiere Nietzsche la horrible idea de que el arte -y más aún pudiera decirse de la religión- siempre ha surgido a costa de la esclavitud y el sufrimiento de millones. Luego una opción es el nihilismo. Reconozca usted que no hay ninguna ética que le permita escribir, que lo hace a costa de que otros cultiven patatas durante toda su existencia o bajen a la mina y que la sociedad sigue dividiéndose en libres y esclavos. Una vez hecho esto procure con todas sus fuerzas ser libre y no esclavo a sabiendas que todos los demás, incluso sus más allegados, que dicen que le aman, van a hacer otro tanto. Luche por prevalecer, defienda su libertad y no tenga remilgos en pretender esclavizar a los demás. Podrá usted topar con otras naturalezas fuertes con las que su voluntad de poder se equilibrará y con esos podrá formar una comunidad en condiciones de igualdad. ¿Qué dice? ¿No le oigo bien? “DIGO QUE ESO ES DESPRECIABLE”. “Le digo que si el mundo no fuese más que un conjunto de monadas solipsistas y egoístas que luchan quedando todo reducido a la voluntad de poder el mundo sería tan inmundo que no merecería la pena vivir en él. Antes dijo que había ámbitos de la verdad, varios modos de la verdad, pero ahora lo niega y ya no hay amor, ni poesía, ni ciencia, ni religión, ni arte, sino sólo voluntad de dominio”. ¡Vaya! Nuestro hombre imaginario ha cobrado cierta autonomía e individualidad, como el Augusto Pérez de Unamuno y ahora nos increpa, la criatura que se rebela contra su creador. ¡Pues bien! Le dije, señor mío, que lo antecedente

era sólo una posibilidad, bastante cruda, cierto, pero que está entre las que le puedo ofertar. Si la adopta y no tiene la crueldad necesaria para poder habitarla lo mejor, ciertamente, es lo que usted dice, actuar paganamente y suicidarse (pág. 79-80). Le he expuesto la posibilidad del ateísmo, de la voluntad de poder, la que más frecuentemente se toma en el mundo y que ha triunfado en Occidente y se extiende ahora por todo el orbe. Este sería el triunfo de la sofística sobre la dialéctica.

Pero a usted le gusta ir contracorriente ¿verdad? Ser una errata, una anomalía. ¡De acuerdo! Otra posibilidad es que usted reclame la dignidad del hombre y la dignidad del trabajo, sin por ello tener que confundir lo que es el yo con la exterioridad, ni caer en la desesperación por lo terrenal en que incurre el hombre que vive en lo inmediato (pág. 89), ese hombre-masa (pág. 180) que está preso de la envidia (pág. 130). Ésta otra posibilidad reside en que rebaje su esteticismo, su individualismo e incluso su cristianismo para dar cabida a la ética y a la política, de ese modo podrá pretender una equidad y una justicia en los problemas que le surjan a distintos niveles de emergencia para conjugar su individualidad con su pertenencia e integración en distintas colectividades. ¡De usted un saltito! Ridícula y cómica será su fe en sí mismo, su convicción, contra toda evidencia, de que siendo tan carente de sabiduría, tan falto de erudición y tan escaso de talento, se considere usted un artista, un escritor, un filósofo, que siendo tan poco bueno se pueda denominar como cristiano mientras forcejea con el mundo para hacerlo mejor. ¿No será además de ridículo y cómico, incluso escandaloso, que se considere usted inmortal? El salto estético no es nada comparado con el salto religioso y, sin embargo, tienen cierta semejanza, un aire de afinidad.

Labore políticamente por una colectividad que no sacrifique lo individual en pro de lo colectivo, labore en esa utopía para que todos puedan tener un sí mismo, tanto usted como sus allegados y el resto de la humanidad. Entre tanto, haga lo que pueda, dadas las circunstancias, esfuércese en la misma medida para amarse a sí mismo y para amar también a lo demás. Tenga fe en que podrá ser buen escritor, buen padre, buen ciudadano, buen esposo, buen trabajador... y esfuércese en ello aunque parezca imposible. Sea un poco más amable, menos pesimista y más humano. Si usted escoge ser un hombre bueno en lugar de un hombre demoníaco (pág.158) la decisión le obliga a procurar serlo en todo instante, no se quede quieto como una totalidad instalada y deje de oírse sólo a sí mismo (pág.161), procurando escuchar a los otros y llegar a oír también a los demás. Si considera usted el dolor demoníaco como un bien tan precioso que no quiera perderlo, manifieste su desesperación demoníaca (pág.111 y 113) ostentando su anomalía y su condición de errata (pág.114) del mundo, de extravagancia en el gran libro de la naturaleza. Pero nunca espere a que sea el exterior completamente favorable para poder realizar su labor o empezar a ser bueno, pues nunca el exterior ha sido benigno para los que vivieron antes y quizás nunca lo sea ni para usted, ni para los suyos, ni para el resto de la humanidad; por mucho que usted lo repunte como injusto y labore por su incardinación en la justicia. Se habrá convertido usted en un hombre religioso y por ese mismo motivo sabrá muy bien que “la desgracia de la cristiandad es el cristianismo” (pág. 172). Contemple la posibilidad de la esperanza (pág.69, 70) y considere en secreto, herméticamente (pág.101), que sus males y los males otros y de los otros, tienen curación (pág.100). Pues incluso aunque Dios no existiese y el alma no fuese inmortal, no todo estaría permitido.